

LA FE SEGÚN SAN AGUSTÍN.

1. La primera de las virtudes.

"Y esta palabra de fe es de tanto valor en la Iglesia de Dios, que por ella limpia al creyente, al oferente, al que bendice, al que toca, aunque sea un tierno infante, que aún no puede creer con el corazón para justificarse ni hacer la confesión de boca para salvarse" (Comentario al evangelio de Juan 80,3).

La fe es la primera de las virtudes de todo cristiano, es la virtud fundamental y básica sin la cual no es posible ser seguidores de Cristo. Toda la vida cristiana adquiere sentido desde la creencia en el Señor. No permanecerá en el Reino consumado, pero mientras somos viandante, mientras caminamos, lo hacemos en fe y en esperanza: "Y entre todos los que parecen nacidos de nuestro corazón tiene preferencia la fe, ya que nadie obra bien si no precede la fe. Todas tus obras buenas son tus hijos espirituales, pero entre ellos la primera que te nació fue la fe" (Sermón 8,13). La fe es la primera entre todas las virtudes porque ¿cómo se podría amar algo que no se conoce? No se amaría a Dios si antes no se le conociese por la fe (cf. La Trinidad 8,4,6). Hasta tal punto es verdad esto que "si se tambalea la fe, la caridad languidece. Todo el que se aparta de la fe se aleja de la caridad; porque no puede amar lo que no cree que existe. Pero si cree y ama obrando bien y sometién dose a los preceptos de las buenas costumbres, llega a tener esperanza de conseguir lo que ama. Tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad, son las que encierran toda ciencia y profecía" (De la doctrina cristiana 1,37,41).

Con relación a la justicia es todavía más claro, como ya hemos visto en otros momentos (cf. Sermón 43,1-2), la fe, por tanto, ocupa el primer lugar entre las virtudes, ya que por la fe ponemos a Dios en el primer lugar de nuestra vida y sin ella todas las demás virtudes son paja y humo. La es el comienzo de una vida buena y la garantía de la misma: "El comienzo de una vida santa, merecedora de la vida eterna, es la verdadera fe. La fe consiste en creer lo que aún no ves, y su recompensa es ver lo que ahora crees. No decaigamos en el tiempo de la fe, comparable al de la siembra; no decaigamos nunca, sino que perseveremos hasta que recojamos lo sembrado. Estando alejado de

Dios el género humano y sumido en sus delitos, necesitábamos un salvador para revivir, como habíamos necesitado un Creador para existir" (Sermón 43,1).

De esta virtud brota toda la dimensión religiosa del ser humano; "Pero una vez afianzada la fe, sin la cual no se puede vivir piadosa y rectamente" (Epístola 137,3). La fe, en un primer acercamiento, es la respuesta que el hombre da a la actuación de Dios. Mientras que en el Antiguo Testamento la fe es la confianza en las promesas de Dios, en el Nuevo, es la adhesión a la verdad revelada, a la promesa realizada. O mejor, es la adhesión a la Persona que ha realizado las promesas, es un fiarse de Él.

La fe es absolutamente necesaria, sin ella no hay justificación posible, ni se tiene la vida de Dios en uno; también para Agustín la fe tiene una importancia radical: "Por la fe merecemos a Dios... Una vez que recibes esta gracia de la fe, serás justo en virtud de esta fe, porque el justo vive de la fe. Por tu vida de fe te harás digno de Dios, recibirás como premio la inmortalidad y la vida eterna. Esta vida es también una gracia" (Comentario al evangelio de Juan 3,9).

Evidentemente la fe debe ser acompañada de la esperanza y la caridad: "Finalmente, quien ni siquiera desea atender y opina que basta creer las cosas que debemos entender, no sabe aún para qué sirve la fe, ya que la fe piadosa no quiere estar sin la esperanza y sin la caridad. El creyente debe creer lo que todavía no ve, pero esperando y amando la futura visión" (Epístola 120,8). Es más, creer en Cristo es esperar todo de Él y amarlo como Señor: "Cree, pues, en Cristo quien espera en Cristo y ama a Cristo. Porque, si uno tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que hay Cristo, no cree en Cristo. Ahora bien, quien cree en Cristo, Cristo viene a él y en cierto modo se une a él, y queda hecho miembro suyo, lo cual no es posible si a la fe no se le juntan la esperanza y la caridad" (Sermón 144,2).

El edificio cristiano según Agustín hemos de construirlo desde las virtudes de la fe, esperanza y caridad y nos explica en qué consiste cada una de ellas: "Dios nos enseña únicamente el cántico de la fe, de la esperanza y de la caridad. El de la fe, para que, creyendo en Aquel que no vemos, tengamos fe firme en Él mientras no le vemos... El de la esperanza, para que nuestra esperanza sea inmutable y se afiance en él, y no vacile, ni fluctúe, ni se conmueva, así como el mismo Dios en quien se afianza no puede conmoverse. Ahora hay esperanza; después, cuando se posea la realidad, no la habrá... Luego ahora, mientras llega la promesa, se necesita la paciencia. Nadie es paciente en las cosas buenas; en las cosas malas es cuando se exige al hombre la paciencia... Aquel que soporta el dolor ante el bisturí del médico, desfallecería en el dolor que sufre si no intentara conseguir la salud que no tiene. Muchos son los dolores, tanto interiores como exteriores, que hay en este mundo; es más, no cesan... La fe tiene por objeto las cosas que no se ven; cuando se vean, desaparecerá y tendrá lugar la visión. La esperanza, que tiene por objeto las cosas que no se poseen, al poseerlas,

desaparecerá, porque ya no esperamos lo que tenemos. La caridad sólo se dedica a crecer más y más. Si amamos al que no vemos, ¡cómo le hemos de amar cuando le veamos! Crezca, por tanto, nuestro deseo. Únicamente somos cristianos por el siglo futuro. Nadie espere los bienes presentes, nadie se prometa la felicidad del mundo, puesto que es cristiano. Con todo, use de la felicidad temporal según pueda. Cuando la tenga, de gracias a Dios por este consuelo; cuando le falte, de también gracias al designio de Dios. Se muestre siempre agradecido, jamás ingrato. Sea agradecido al Padre que consuela y acaricia y al Padre que corrige, azota y enseña, porque El siempre ama, ya acaricie, ya amenace" (Comentario al salmo 91,1).

La fe es la que nos hace justo, por eso en todo proyecto de formación humana es fundamental tener la fe y vivir en conformidad con ella: "Tu fe es tu justicia, porque, ciertamente, si crees, evitas los pecados; si los evitas, intentas obras buenas..." (Comentario al salmo 32,2, s.1,4). De la fe procede la justicia y por ella nos purificamos interiormente y nos da la capacidad de ver lo creído: "Nuestra justicia procede de la fe, y por la fe se purifican nuestros corazones para que podamos ver lo que creímos" (Comentario al salmo 109,8).

Para Agustín la fe es necesaria para el camino, es decir, para poder conseguir la meta a la que aspiramos y poder disfrutar de la felicidad añorada y sin fin porque es algo así como la condición para poder ser seres plenos y realizados: "La fe en Dios nos es necesaria en extremo mientras peregrinamos por esta vida mortal, llena de penalidades y errores. No es dable encontrar bien alguno, particularmente los que hacen al hombre bueno y feliz si Dios no los hace descender sobre el hombre y los pone a su alcance. Cuando el que permaneció bueno y fiel en medio de las miserias, de esta vida pasa a la bienandanza, conseguirá lo que ahora de ninguna manera consigue; es decir, vivir como quiere. En aquella felicidad no deseará vivir mal, ni querrá algo que no exista, ni le faltará cosa alguna de las que anhele. Tendrá lo que ama no deseará lo que no tiene" (La Trinidad 13,7,10). Por este camino de fe es por donde podemos llegar a la visión de fe, despreciar este camino es condenarnos a no llegar nunca: "Anda por el camino de la fe para llegar a la clara vista porque si la fe no nos sostiene en el camino la clara vista no será nuestra dicha en la patria" (Sermón 88,4).

2. La fe, gozo de Dios, es gratuita.

"Das a entender que, para preparar estas moradas, el justo debe vivir de la fe, porque por ella se prepara para contemplar esta hermosura. 'Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios, que por la fe limpia sus corazones'. Aquello se lee en el Evangelio, y esto en los Actos de los Apóstoles. La fe, que limpia

los corazones de quienes han de ver a Dios, mientras viven en este mundo, cree lo que no ve, porque, si lo ves, ya no tiene fe. El creyente acumula méritos, el vidente recibe el premio. Vaya, pues, el Señor a prepararnos el lugar; vaya para que no le veamos; escóndase para que en Él creamos. Se prepara el lugar viviendo de la fe. Deseémosle por la fe para tenerle por el deseo, porque el deseo de amar es la preparación de la mansión. Prepara, pues, Señor, lo que estás preparando: nos preparas a nosotros para ti, y a ti para nosotros. Tú dijiste: 'Permaneced vosotros en mí, y yo en vosotros'. Según lo que cada cual participe de ti, unos más, otros menos, así será la diferencia del premio de acuerdo con la diferencia de méritos; ésta es la multitud de mansiones según los diferentes moradores, pero todos en la eternidad de los vivos y eternamente bienaventurados" (Comentario a Juan 68, 3).

Por otra parte, la fe es indispensable para que ya en esta vida podamos gozar de Dios, aunque no sea en plenitud sino de forma incoada: "Y esto principalmente se consigue con la fe; porque nadie se esforzará por conseguir la sanidad de los ojos si no la cree indispensable para ver lo que no puede mostrársele por hallarse inquinada y débil... Con todo la misma mirada de los ojos ya sanos no puede volverse a la luz, si no permanecen las tres virtudes: la fe, haciéndole creer que en el objeto de su visión está la vida feliz; la esperanza, confiando en que lo verá si mira bien, la caridad, queriendo contemplarlo y gozar de él" (Soliloquios 1,6,12).

Nosotros, embebidos en nuestra científicidad, podemos sentir la tentación de esperar razones más que autoridades, es típico de nuestra situación cultural, sin embargo, Agustín considera que la fe es mucho más importante que todos los razonamientos cuando nos movemos en el campo de la religión: "Mas para conocer los hechos temporales, pasados o futuros, la fe es mas necesaria que el razonamiento, y tarea nuestra es examinar a qué hombres o libros se debe dar crédito para adorar públicamente a Dios, en el cual sólo consiste la salvación... Pues lo mismo que en la naturaleza tiene mayor fuerza la autoridad que reduce a unidad la muchedumbre de las cosas, y, en el mismo género humano, su valor está en la concordia del consentimiento, esto es, en sentir una misma cosa, igualmente en la religión debe considerarse mayor y más digna de fe la autoridad de los que invitan a la unidad" (La verdadera religión 25,46).

Como hemos visto, aun partiendo del plano humano y científico la fe es primero según la mente de Agustín. Ciertamente en el párrafo anterior, está utilizando un concepto de fe un tanto filosófico, pero podemos ver la importancia que Agustín da a la fe y la trascendencia que tiene. No olvidemos que todo el pensamiento agustiniano tiene como método el binomio fe-razón, no podemos detenernos ahora en esas consideraciones, dado que estamos estudiándola desde el punto de vista religioso, como virtud cristiana.

La fe es una virtud grande, precisamente porque de forma ordenada y recta, encamina al hombre a su fin, es decir, el hombre sin fe es una hoja llevada por los vientos más favorables de cada momento; sin la fe nada es fructífero, ni siquiera las virtudes más heroicas tienen sentido. La fe es pilar, pórtico y umbral de toda construcción digna de Dios: "Todas las obras que se ejecutan antes de la fe, aunque aparezcan laudables a los hombres, son vanas. Así, pues, a mí me parece que es derroche de fuerzas y una carrera velocísima fuera de camino. Nadie tenga en cuenta sus obras antes de la fe. En donde no hay fe, no hay obra buena. La intención forja la buena obra, la fe encauza la intención" (Comentario al salmo 31,2,4).

La misión principal de la fe es hacer que el hombre se oriente hacia Dios, es decir, dejar al hombre en disposición de Dios, ponerle en el camino que debe seguir, como camino derecho y recto. La fe tiene como principal objetivo, central al hombre hacia el Dios verdadero, no desviarle de su objetivo último y primordial. Es necesario creer en Dios como primera realidad y esto es posible por Dios: "Sometamos, pues, el alma a Dios, si queremos someter nuestro cuerpo a servidumbre y triunfar del diablo. Y la fe es la primera que somete el alma a Dios. Luego vienen los preceptos de bien vivir, con cuya observancia se afirma la esperanza, se nutre la caridad y empieza a comprenderse lo que antes tan sólo se creía... Iniquidad llamo amar a este mundo y estimar en mucho lo que nace y pasa, desearlo y trabajar para adquirirlo, regocijarse cuando abunda, temer que perezca, contristarse cuando perece" (El combate cristiano 13,14). La verdadera tarea de la fe es creer en el Dios verdadero: "¿Por dónde saben ellos qué es la fe, cuya primera y principal obra es creer en el verdadero Dios?" (La ciudad de Dios 4,20).

La fe es el supremo bien del hombre en la vida, es lo mejor que tenemos, porque es el comienzo de una vida santa, aunque la plenitud llegará más tarde, por eso se dice que el tiempo de la fe es este tiempo: "Ni siquiera hemos de gloriarnos de la fe misma, como si dependiera de nosotros. La fe no es una monada, sino algo grande; si la tienes ciertamente la recibiste. ¿Qué tienes que no hayas recibido? He ahí, amadísimos, un motivo para dar gracias al Señor Dios, para que no os mostréis ingratos a cualquier don suyo y, por esto mismo, perdáis lo que recibisteis" (Sermón 43,2). Creer en Cristo es saber que Él nos reconcilia, nos salva y nos redime: "Porque la fe de Cristo es creer que Él justifica al impío, creer que Él es el mediador, sin el cual no nos reconciliamos con Dios; creer que Él es el Salvador, que vino a buscar y a salvar lo que había perecido" (Comentario al evangelio de Juan 53,10). Por tanto, dirá Agustín: "Entre tanto, por la fe y por la esperanza nuestra vida está donde está Cristo y está con Él, porque está con Cristo en Dios" (Comentario al evangelio de Juan 111,4). Por la fe nos revestimos de Cristo y nos hicimos hijos de Dios: "Se hacen hijos por participación de la Sabiduría, disponiendo y prestando esto la fe en el Mediador, a cuya gracia de fe ahora la llama vestido, de modo que se vistieron de Cristo los que creyeron en El, y, por lo tanto, se hacen hijos de Dios y hermanos del Mediador" (Exposición de la epístola a los Gálatas 27).

El fundamento de la fe cristiana, no puede ser otro que Cristo, a Él es al que hace referencia. La fe es la linterna que alumbra nuestro camino en medio de tantas oscuridades. Ciertamente no es lo mismo que caminar a pleno día, pero es lo único que hace posible vivir en el hoy del viandante: "En medio de las tinieblas de esta vida alumbra todos nuestros pasos la antorcha de la fe" (Comentario al evangelio de Juan 5,15). La relación de la fe con la luz, Agustín la pone de relieve con mucha frecuencia: "Caminar a la luz de la fe es caminar a la luz de la gracia" (Comentario al evangelio de Juan 3,8). Nuestra luz se enciende en Cristo por la fe: "Candelas son todos los santos, encendidas en Él por la fe, que se apagan cuando de Él se apartan" (Comentario al evangelio de Juan 54,4). ¿Será verdad que en nuestra vida de cada día la fe, también hoy es una antorcha que se nota, que lo demostramos en el vivir en la luz?

Agustín en esto es tajante en las afirmaciones: "La fe es un don de Dios. Que nadie se envanezca, que nadie se la atribuya a sí, como si se hubiese dado algo a sí mismo" (Sermón 168,8). Agustín repite esto constantemente. La voluntad de creer es debida a la gracia de Dios, que se la concede al hombre a través de Cristo: "Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo" (Confesiones 1,1,1). Los textos con relación a esto son numerosos (Comentario al salmo 3,7; 11,21; Epístola 186,4; 194,12...).

Para Agustín lo que tiene que hacer el hombre es tan sencillo como reconocer la gratuidad de la gracia, de la fe: "He aquí que el reino de los cielos se pone en venta en la subasta y mercado de la fe. Examinad y reunid los haberes de vuestra conciencia; congregad de común acuerdo los tesoros de vuestro corazón. Y, no obstante, lo adquirís de forma gratuita; sólo es necesario que reconozcáis la gratuidad de la gracia que se os ofrece. Gran cosa es la que adquirís sin gastar nada" (Sermón 216,3). Si Dios no presta su ayuda dando la fe, todo nuestros esfuerzos y nuestras oraciones son inútiles: "Si el Señor os ayuda a lograrlo, poco habréis hecho en favor de esos a quienes queréis hacer cristianos, cuando refutáis su infidelidad con discusiones veraces, si no pedís para ellos con oraciones humildes la fe. Como sabéis, esa fe es un don de Dios, el cual a cada uno reparte una medida de fe y un tal don, que debe necesariamente preceder a la inteligencia" (Epístola 184, bis,4).

Dado que la fe es una gracia gratuita, nadie debe jactarse de tenerla, no depende de nuestros méritos: "No todos poseen la fe. Quienes la poseen, la poseen por gracia; no se jacten, pues es un don de Dios. ¿Acaso nos eligió el Señor porque éramos buenos? No eligió a quienes eran buenos, sino a quienes quiso hacer buenos. Todos estuvimos en las sombras de la muerte, todos nos encontrábamos unidos y apresados en la masa de pecado procedente de Adán. Si la raíz estaba dañada, ¿qué fruto podía producir el árbol de la raza humana? Pero el que iba a sanar los males, vino sin mal alguno, y quien vino a limpiar los pecados, vino también sin pecado" (Sermón 229 F,1). Es

cierto que el obrar lo hace el hombre, pero la fe se hace en el hombre sin que el hombre intervenga: "Esa fe hemos de confesar que es un don gratuito de Dios, si pensamos en una gracia verdadera, esto es, sin méritos. Porque, como se lee en la misma epístola a los Romanos, Dios reparte a cada cual una medida de fe. Las obras buenas las hace el hombre, pero la fe se hace en el hombre, y sin esa fe ningún hombre hace las obras" (Epístola 194,9).

Creer en Dios es esperar de Él el perdón y la justicia, pero como algo gratuito, no debido a ningún mérito nuestro: "Y ahora te pregunto: ¿Crees, ¡oh pecador!, en Cristo? Creo, dices. ¿Qué crees? ¿Que por él se te pueden perdonar gratuitamente todos los pecados? Posees lo que creíste. ¡Oh gracia, otorgada gratuitamente! Y tú, ¡oh justo!, ¿por qué crees que sin Dios no puedes mantener la justicia? Atribuye entonces de forma absoluta a su piedad el ser justo, y el ser pecador atribúyelo a tu maldad. Sé tú el acusador y Él será tu indultor. Todo crimen, todo delito, todo pecado se debe a nuestra negligencia, y toda virtud, toda santidad, a la divina clemencia" (Sermón 100,4).

La fe, al ser gracia de Dios, sólo la posee aquel a quien Dios se la da: "En cambio, la fe pura, que obra la perfección de la unidad mediante la caridad, dado que la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha otorgado, no pertenece a quienquiera, sino a quien le sea donada como en suerte por una misteriosa gracia de Dios" (Sermón 218, 9).

Agustín concibe la fe como una perla preciosa que exige la venta de todo el caudal para hacerse con ella: "Ya había hallado yo, finalmente, la margarita preciosa, que debía comprar con la venta de todo lo que tenía. Pero vacilaba" (Confesiones 8,1,2). Esta es la verdadera riqueza, es la que da vida al hombre cristiano, su valor es enorme, es la vida de la vida. Sólo el que tiene fe, vive, sin la fe se vejeta, no se vive: "Ten, pues, fe y, aunque estés muerto vivirás. Pero si no tienes fe, aunque estés con los que viven, estás muerto... El alma de tu alma es la fe" (Comentario al evangelio de Juan 49,15).

3. El cimiento de la vida cristiana.

"Pero la fe no se dedica a mirar la hermosura de los elementos de este recinto, sino la gran hermosura del hombre interior, de la que proceden estas obras de amor. El Señor recompensará a sus fieles que hacen esto tan piadosa, tan alegre y tan devotamente que hasta se sirve de ellos para levantar su propia construcción, a la que corren las piedras vivas, formadas en la fe, robustecidas con la esperanza y

unidas por la caridad. El Apóstol, aquel sabio arquitecto, puso en ella como cimiento a Jesucristo, suprema piedra angular, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios, como dice Pedro, apoyándose también en la Sagrada Escritura. Uniéndonos a ella, encontramos la paz; reposando sobre ella, conseguiremos firmeza. Ella es, al mismo tiempo, cimiento, porque nos sostiene, y piedra angular, porque nos une. Ella es la piedra sobre la que el hombre prudente edifica su casa y se mantiene firme contra todas las tentaciones de este mundo; no los torrentes de lluvia la hacen caer, ni los ríos desbordados la derrumban, ni la fuerza de los vientos la sacuden" (Sermón 337,1).

La fe tiene la misma función que la raíz en el árbol o que los cimientos en el edificio; de ella depende todos los frutos, sin ella no se puede tener en pie: "Excelso es lo que se cimenta en la fe y no se le da importancia, como los necios no suelen apreciar los cimientos de un edificio. Se abre una zanja grande y en ella se lanzan desordenadamente las piedras: allí no aparece pulimento alguno, no hay belleza alguna. tampoco aparece belleza alguna en las raíces del árbol, pero todo cuanto en el árbol te deleita sale de la raíz. Contemplas la raíz y permaneces indiferente, contemplas el árbol y te llenas de admiración. Insensato, lo que te causa admiración procede de la raíz, que te ha dejado indiferente. Valoras en poco la fe de los creyentes porque te falta balanza para pesarla. Mira adonde llega y pondera su valor" (Comentario al evangelio de Juan 40,8). La fe es algo así como el esqueleto en el cuerpo humano: "Como en nuestro cuerpo los huesos constituyen el armazón, así en el corazón del cristiano la fe constituye el cimiento. La constancia que existe en la fe son los huesos internos. Estos son los que no pueden ser quebrados" (Comentario al salmo 33, s.2,24).

Ciertamente la fe no sirve para gloriarse, no es hermosa, pero sin ella todo el edificio espiritual se derrumba, porque es la base y el fundamento: "La fe, dicen, es obra nuestra, y de Dios todo lo demás que atañe a las obras de la justicia, como si el edificio de la justicia no perteneciera al fundamento; como si el edificio, diré mejor, no perteneciera al fundamento. Mas si, ante todo y principalmente, el fundamento pertenece al edificio, en vano trabaja predicando el que edifica la fe si el Señor no la edifica interiormente en el alma por medio de su misericordia" (De la predestinación de los santos 7,12).

Aunque la fe sea incipiente e imperfecta, es preferible a cualquier otra cosa, incluso es preferible la fe del carbonero a la ciencia presuntuosa (cf. Sermón 117,5). "Piénselo la fe; la fe radica en la mente, la fe está en los cimientos del corazón. Mira quien murió por ti; míralo cuando asciende y ámallo cuando sufre; míralo ascender y aférralo en su muerte. Tienes una prenda de tan grande promesa, hecha por Cristo: lo que Él ha hecho hoy, su ascensión, es una promesa para ti" (Sermón 265 C,2). Lo que se ve es la obra, pero lo que lo sustenta es la fe: "Esta era una gran obra, pero de fe.

Alabo la edificación de la obra, pero veo el cimiento de la fe; alabo el fruto de la buena obra, pero reconozco que está basado en la fe" (Comentario al Salmo 31,2,3).

A veces se ha considerado la fe como el refugio de los ignorantes, como el camino de los cobardes. Se la ha concebido como un somnífero para la conciencia, pero nada es más lejano a la fe que esto. El hombre de fe es peregrino, es un extraño en el mundo, es como el nómada que no tiene puesto fijo: "Este, en el tiempo de esperanza, en el tiempo de sollozo, en el tiempo de humildad, en el tiempo de dolor, en el tiempo de flaqueza, en el tiempo de dar voces estando encarcelado, ¿qué es? A manera de prodigio, ha sido para muchos. ¿De dónde le viene el ser como prodigio? ¿Por qué me ultrajan quienes me tienen por prodigio? Porque creo lo que no veo. Ellos, siendo bienaventurados en lo que ven, se alegran en la bebida, en la sensualidad, en las deshonestidades, en la avaricia, en las riquezas, en las rapiñas, en las dignidades del siglo, en blanquear las paredes de barro; se alegran en esto. Yo voy por camino opuesto, despreciando las cosas pasajeras de la vida y temiendo las prósperas del mundo, hallándome sólo seguro en las promesas de Dios... Óyeme, por el contrario, a mí, que digo: ayunemos y oremos, porque mañana moriremos. Llevando esta vida estrecha y pobre..., tú, ¡oh Señor! cuida de mí y dime: No desfallezcas en tu vida estrecha; yo pasé antes que tú por ella. Yo soy el camino; yo guío, hacia mí guío y llevo a mí" (Comentario al salmo 70,1,9).

Se necesita coraje para vivir de fe, para someterse a Dios; la fe no es el camino fácil, sino el riesgo. El que cree es visto como un bicho raro, un extraño. Y, a la vez, es visto como un prodigio. Esta es la paradoja: la fe hace al creyente cercano y ausente. En nuestro mundo actual donde priva lo que se puede tocar y verificar, no es nada fácil orientar la vida desde valores invisibles. Vivir de fe significa estar desarraigados del mundo, pero es, por lo mismo, adquirir una nueva perspectiva que nos permite ver más allá de este mundo: "No envidies a los pecadores. Ves lo que reciben, pero no ves lo que se les reserva. ¿Cómo he de ver lo invisible? La fe tiene ojos más grandes, más potentes y perspicaces que el cuerpo" (Comentario al salmo 145,19). El que vive de fe está en cierta medida iluminado, tiene una rara capacidad para una visión más aguda y profunda.

4. La fe y las obras.

"La fe no puede obrar bien si no es por el amor. Esa es la fe de los fieles, distinta de la de los demonios, pues también los demonios creen, pero tiemblan. Esa es la fe digna de alabanza, esa la verdadera fe de la gracia, la que obra por amor. ¿Acaso podemos otorgarnos a nosotros mismos el poseer el amor y el poder obrar rectamente a partir de él, siendo así que está escrito: La caridad de Dios, que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado? La

caridad hasta tal punto es don de Dios, que se la llama Dios, según dice el apóstol Juan: Dios es caridad, y quien permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él" (Sermón 156,5).

La fe es la condición indispensable para la bondad de las acciones: "Ahí tenéis la razón de la bondad de vuestras obras. Y ¿de dónde habría de venir esa bondad a nuestras obras sino de la fe que obra por el amor?" (Comentario al evangelio de Juan 82,2). La fe no es pasividad, es necesario que actúe por medio del amor: "Puesto que es la fe actuada por la caridad la que obra, a fin de que nadie se imagine que alcanza la fe por medio de las obras, cuando la verdad es que la fe es el principio de las buenas obras, porque, como acabamos de decir, lo que no procede de la fe es pecado" (Actas del proceso contra Pelagio 14,34). En otro momento Agustín explica mas claramente el último pensamiento de la cita anterior: "Aunque esta (la fe) no salva sin las obras a nadie, porque la fe recta es aquella que obra por la caridad, no obstante, por ella se perdonan los pecados, por que el justo vive de la fe; mas sin ella aun las que parecen buenas obras, se convierten en pecado, pues todo lo que no procede de la fe es pecado" (Contra dos epístola de los pelagianos 3,5,14).

Como hemos visto no basta con una fe cualquiera, la fe no es autosuficiente, ciertamente centra y orienta nuestra vida, pero es necesario caminar y se camina con la esperanza y el amor. Y aquí, en el camino, es el amor el que lleva la palma: "Quien rectamente ama, sin duda alguna rectamente cree y espera; pero el que no ama, en vano cree, aunque sea verdad lo que cree; en vano espera, aunque sea cierto que lo que espera pertenece a la verdadera felicidad, a no ser que crea y espere también que el amor le pueda ser concedido por la plegaria" (Enquiridión 117,31). Por eso dirá Agustín: "La única obra en la cual se encierran todas es la fe que obra por el amor" (Comentario al salmo 98,17).

La fe sin amor es una fe muerta: no aprovecha. La fe sin los pasos que nos acercan a lo que creemos, es decir, sin las obras, no puede mantenerse: "¿Qué es, pues, la fe en Él? Es una fe amante, una fe llena de amor, una fe que le lleva a Él y le incorpora a sus miembros. Esa es la fe que Dios exige de nosotros; pero jamás podrá hallar lo que tiene derecho a exigir si Él no hubiera dado lo que tiene derecho a encontrar... No se trata de una fe cualquiera, sino de la fe que actúa por el amor" (Comentario al evangelio de Juan 29,6). El trabajo de la fe se realiza por la caridad: "Ahora es tiempo de que trabaje la fe por el amor, y si ahora trabajamos, estamos en el día, estamos en Cristo" (Comentario al evangelio de Juan 44,6). Fe y caridad, por tanto, son imprescindibles: "Gran cosa es la fe, pero no aprovecha sin la caridad. Los demonios confesaban a Cristo. La fe, no el amor, les hacía decir: ¿Qué hay entre nosotros y tú? Tenían fe, pero no tenían caridad" (Comentario al evangelio de Juan 6,21).

Creer siempre lleva consigo adherirnos a Dios pero para obrar bien, "Cuando el espíritu del hombre coopera con el Espíritu operante de Dios, entonces se cumple lo que ordena el Señor; pero esto no acontece sino creyendo en aquel que justifica al impío... Luego creer en Dios consiste en que, creyendo, nos adhiramos para obrar bien a Dios que obra las buenas obras... Luego aquella generación cuya imitación ha de evitarse fue depravada y provocativa porque su espíritu no fue fiel a Dios; puesto que, si creyó a Dios algunas cosas, sin embargo, no creyó en Dios; no se adhirió a Dios por la fe, o de corazón, para que, curada por Dios, cooperase rectamente al obrar Dios en ella" (Comentario al salmo 77,8). Pero sólo se obra bien, es decir, sólo se realizan buenas obras por la caridad, aunque primero hemos de tener la fe: "A fin de que después la fe comience a obrar por el amor, ya que sólo deben llamarse obras buenas las que se ejecutan por la caridad de Dios. Es necesario que anteceda esta fe, para que por ella y no por ellas (por las otras) comience aquella, es decir, la caridad, puesto que nadie obra por la caridad de Dios si antes no cree en Dios" (Comentario al salmo 67,41). No obstante, entrando en el buen camino, ponemos los cimientos para la fe: "Creemos en Él cuando comenzamos a entrar en el buen camino; le veremos cuando hubiéremos llegado a Cristo, y por eso Él mismo es el fin" (Comentario al salmo 13,1).

La fe del cristiano es la que obra por el amor, es decir, la que poseen los hijos del amor: "Esta es la fe que no tienen los demonios: la que obra por el amor; sólo la poseen los siervos de Dios, los santos, los hijos de Abrahán por la fe, solamente los hijos del amor, de la promesa" (Sermón 168,2). Por eso Agustín nos recomienda que nos distingamos también en el obrar, es decir en los comportamientos: "Si nos distinguimos en la fe, distingámonos, de igual manera, en las costumbres y en las obras inflamándonos de caridad, de que estaban privados los demonios" (Sermón 234,3). Nadie debe gloriarse en sí mismo, porque nosotros no nos hemos inventado la fe que obra por el amor, sino que la hemos recibido: "Debemos darle gracias por esta facultad y rogarle, al mismo tiempo, que no sucumba nuestra flaqueza. Esta es la fe que obra por la caridad, según la medida que Dios ha repartido a cada cual, para que el que se gloría, no se gloríe de sí mismo, sino en el Señor" (Comentario al evangelio de Juan 53,8).

La fe limpia el corazón, pero debe estar siempre acompañada de las obras buenas: "La fe en Dios limpia el corazón, y el corazón limpio ve a Dios. Hay hombres que, engañándose a sí mismos, conciben en algunas ocasiones la fe como si bastase con solo creer; y algunos, por el hecho de creer, aunque vivan mal, se prometen a sí mismos la visión de Dios" (Sermón 53,10). Sin duda el que tiene fe, no puede por menos de obrar bien y la obra buena da a conocer que la fe es buena: "Es difícil que viva mal quien cree bien. Creed con todo el corazón, creed sin cojear, sin dudar, sin argumentar con sospechas humanas contra la misma fe. Se llama fe porque se realiza lo que se dice. Cuando se pronuncia la palabra 'fides' (fe) suenan dos sílabas. La primera es de hacer; la segunda, de decir. Te pregunto si crees. Dices: 'Creo'. Haz lo que dices y tienes la fe. Yo puedo oír la voz del que responde, pero no puedo ver su corazón" (Sermón 49,2).

Sin la fe no se puede agradar a Dios, es más todo lo que no procede de la fe es pecado: "El cual dice que hasta recibimos la medida de la fe, de la que vive el justo y sin la cual es imposible agradar a Dios, que obra por la caridad, antes de la cual y sin la cual no hay obras buenas en nadie, puesto que todo lo que no viene de la fe es pecado. Dice que Dios la reparte a cada cual y que somos socorridos de arriba para vivir piadosa y justamente, no sólo por la revelación de la ciencia, que sin la caridad hincha, sino por la inspiración de la caridad misma, que es la plenitud de la ley y que edifica nuestro corazón para que la ciencia no hinche" (Epístola 188,13).

La fe, por tanto, es lo primero, la base para obtener el auténtico descanso: "Al hombre no le conviene otra justicia en esta vida fuera de vivir de la fe, la cual obra por el amor. Si vive de la fe, crea, y obtendrá el futuro descanso después de la vida presente, y ellos los eternos tormentos después de la actual exaltación. Si la fe obra por el amor, ame también a los enemigos y, en cuanto dependa de él, procure aprovecharles; así conseguirá que ellos no le perjudiquen cuando lo pretendan" (Comentario al salmo 93, 29).

Agustín cuando explica lo que es la fe, parece que está llamándonos la atención sobre nuestra vida de cada día, pero que nos examinemos a la luz de la fe: "Todos los que creen en Cristo, y creen de suerte que aman, son templos de Dios. Creer en Cristo es amar a Cristo... Nosotros creamos, de suerte que, creyendo en Él le amemos, y no digamos: '¿qué tenemos nosotros contigo?', sino más bien, 'Te pertenecemos, pues tú nos redimiste'. Todos los que creen así son como piedras vivas, con las cuales se edifica el templo de Dios, y como madera incorruptible, con la cual fue fabricada el arca, que no pudo sumergirse en el diluvio. Este, pues, es el templo, es decir, los mismos hombres son el templo en donde se suplica a Dios y oye" (Comentario al salmo 130,1). Son casa de Dios por la fe: "De esto les libró la fe, de modo que, creyendo, ya habiten en la casa de Dios, hechos ellos mismos casa de Dios y carro de Dios de los millares que se alegran" (Comentario al salmo 67,27).

La fe, por tanto, nos lleva a Cristo, nos une a Él, o mejor por la fe, Cristo comienza a habitar en el interior del hombre: "A Dios le pido para ti los premios de la vida futura y los consuelos de la presente, y me encomiendo a la caridad y oración de todos vosotros, en cuyo corazón habita Cristo por la fe" (Epístola 131). Por la fe va creciendo Cristo en el corazón del cristiano: "Cristo se forma por la fe en el hombre interior del creyente" (Exposición de la Epístola a los Gálatas 38). Porque, "Cristo habita por la fe en nuestros corazones" (Comentario al salmo 108,32). Por tanto, dirá Agustín: "Por lo tanto, todos los justos, esto es, los veraces adoradores de Dios, ya antes, ya después de la encarnación de Cristo, no vivieron ni viven sino por la fe en la encarnación de Cristo, en quien está la plenitud de la gracia" (Epístola 190,8).

Por tanto, por la fe Dios habita en el interior del hombre: "Lo vivo en la fe del hijo de Dios, de modo que así también Cristo viva en el creyente habitando en el hombre interior por medio de la fe, para que después le llene por la visión, cuando hubiere sido arrebatado de la vida mortal" (Exposición a la epístola a los Gálatas 17). Nos convierte en hijos: "Hemos llegado a ser hijos de Abrahán imitando su fe, no naciendo de él por la carne. Los judíos, degenerando de su padre, fueron desheredados; en cambio, nosotros, imitando su fe, fuimos adoptados" (Comentario al evangelio de Juan 9,16).

Por la fe se prepara la mansión en la que habitaremos por toda la eternidad y nos convertimos en casa de Dios: "Ya vimos que en la predestinación existían ya las mansiones y que se preparaban cuando por la fe se limpiaban los corazones de quienes las han de habitar, porque ellos mismos son la casa de Dios. Y ¿qué otra cosa es habitar en la casa de Dios sino estar entre el pueblo de Dios, que está en Dios, y Dios está en él? Para prepararlas marchó el Señor, a fin de que, creyendo en Aquel que no es visto, por la fe se prepare ahora la mansión que ha de permanecer por siempre en la realidad" (Comentario al evangelio de Juan 69,1). La fe nos unifica: "Hablemos todos a nuestra alma, porque el alma de todos nosotros, debido a la única fe, es una sola, y todos nosotros, los que creemos en Cristo, atendiendo a la unidad de su cuerpo, somos un solo hombre" (Comentario al salmo 103,2).

La fe, como ya hemos dicho es una adhesión a Dios, es ser testigos de alguien, y ser testigos significa: haber visto, haber convivido, es decir, tener experiencia de. No se trata de creer en una ideología, sino de fiarse de una persona. Creer es aceptar a Cristo, es aceptar lo que Él nos ha dicho y como nos lo ha dicho, es hacer la voluntad de Dios, esta es la prueba de fuego de toda fe: "Para que más ciertamente se sepa eso, que, en efecto, hacer la voluntad del Padre es creer, necesitamos que el mismo Señor nos lo explique ¿Quién no sabe que hacer la voluntad de Dios es hacer sus obras, es decir, lo que le agrada?" (Comentario al evangelio de Juan 29,6).

Creer es en definitiva, vivir como hijos de Dios: "La medicina para todas las llagas del alma y el sólo medio de propiciación dado a los hombres para sus pecados, es creer en Cristo. Y en modo alguno puede nadie verse limpio,..., si por la fe no entra en la unidad orgánica de aquel que fue concebido sin placer sensual, ni mortífera delectación... Creer en Él, en efecto, es hacerse hijo de Dios, de quien se nace por la gracia de la adopción, vinculada a la fe en Jesucristo nuestro Señor" (Sermón 143,1). La fe nos lleva a actuar para llegar a realizar las mismas obras que realiza el mismo Cristo: "Teniendo fe, hagamos las obras de Cristo, ya que el mismo creer es una obra de Cristo. Esto lo obra Él en nosotros, pero no sin nosotros. Escucha, pues, ahora cómo has de entender. Quien cree en mí hará las obras que yo hago: primero las hago yo y después las hará él también, porque yo hago que las haga. Y ¿qué obras son éstas sino que de pecador se haga justo?" (Comentario al evangelio de Juan 72,2).

Muchas veces Agustín compara la vida humana con un mar, lleno de intranquilidades; por ejemplo, en uno de los muchos textos se explica de la siguiente manera: "Camina tú también, no por aquellas aguas sobre las que anduvo Pedro, ofreciendo un simbolismo, sino sobre otras; porque el mundo es un mar que tiene perjudiciales amarguras, oleaje de tribulaciones, tempestades de tentaciones, hombres que, como peces, se gozan del mal ajeno y que se devoran entre sí; anda por aquí; pisa esto. ¿Quieres ser espectador? Asiste al espectáculo. No desfallezcas, contempla al que te precede... Pisotea el mar para no ser sumergido en él. No caminarías sobre él, no lo pisotearías, a no ser que te hubiese mandado aquel que primeramente anduvo sobre el mar. Pues Pedro dice así: 'Si eres tú, mándame ir sobre las aguas hacia ti'. Y porque era Él, oyó al que pedía, dio al que deseaba, llamó al que caminaba y levantó al que se sumergía. El Señor hizo estas cosas maravillosas; contémpalas. La fe es el ojo del espectador. Haz tú mismo tales cosas" (Comentario al salmo 39,8).

Ciertamente en la vida hay muchas amarguras, muchas dificultades; como sucede en alta mar, no se sabe cuando puede llegar la tormenta, pero si por la fe vive Cristo en nosotros, podemos estar seguros, porque Él es el conductor de nuestra vida y con Él ningún peligro nos hará zozobrar. Cuando la tormenta arrecia lo importante es tener preparada la lámpara del amor: "Constituyámonos en la unidad por la fe, para que tenga existencia lo que pueda ser vivificado por la inteligencia", dado que "la fe nos une y la inteligencia nos vivifica" (Comentario al evangelio de Juan 27,7).

Si tantas veces vemos que nuestra vida flojea ¿no será que nuestra fe se ha adormecido? ¿No será que nuestra confianza en Dios ha aflojado?: "La nave en que duerme Cristo es tu corazón en que duerme tu fe... La tempestad se ensaña contra tu corazón; huye del naufragio, despierta a Cristo. Por la fe Cristo habita en ti. Si está presente la fe, está presente Cristo. Si la fe está olvidada, Cristo duerme" (Sermón 81,8). Aunque Cristo esté dormido es importante tomar conciencia de su presencia e intentar despertarlo para que la calma sea total, no olvidarnos de la fe: "Luego, por tu fe en Cristo, Cristo está en tu corazón. A esto hace referencia el hecho de que estaba dormido en la nave, y, cuando los discípulos se vieron en peligro de naufragio, se acercaron a Él y le despertaron. Cristo se levantó, imperó a los vientos y a las olas, y se siguió una gran tranquilidad. Así sucede dentro de ti; mientras navegas, mientras atraviesas el mar proceloso y lleno de peligros de esta vida, los vientos penetran en tu corazón, levantan las olas y agitan la nave" (Comentario al evangelio de Juan 49,19).

Nuestra barca, es decir, nuestra vida, corre peligro cuando Cristo Jesús, es decir, la fe en Él, duerme en nuestro interior: "Nuestra barquilla, debido a las tentaciones cotidianas de este mundo, casi está llena de agua. Y esto, ¿de dónde proviene sino de que duerme Jesús? Si en ti no durmiese

Jesús, no soportarías estas tormentas sino que tendrías tranquilidad interior al vigilar contigo Jesús. Y, ¿Qué significa duerme Jesús? Adormecerse la fe que procede de Jesús. Se levantan tempestades en este lago... Pero, ¿Por qué dices esto, por qué te turbas con el oleaje del lago y la tempestad? Porque duerme Jesús, es decir, porque la fe que tienes en Jesús está adormitada en tu corazón. ¿Qué harás para salvarte? Despierta a Jesús y di: 'Maestro, perecemos. Los peligros del lago amenazan, perecemos'. Se despertará Él, es decir, volverá a ti tu fe, y, ayudándote Él considerarás en tu alma que las cosas que ahora se dan a los malos no permanecerán con ellos" (Comentario al salmo 25,2,4).

La obra que Jesús hace dentro de nosotros cuando le despertamos es calmar, es decir, reanimar la fe: "El hallarse Cristo por la fe en el corazón de cada uno, nos da a entender que quien se olvida de su fe se turba en su corazón, como nave en medio de la tempestad de este mundo. Se turba como si Cristo estuviese dormido; pero despertado, todo lo calma. En fin, ¿qué dice el mismo Señor? ¿Dónde se halla vuestra fe? Despertado Cristo, reanimó la fe, para que lo que ejecutó con la nave lo hiciera con sus corazones" (Comentario al salmo 45,5). Por tanto, la obligación primera que tenemos es despertar a Cristo: "Despierta a Cristo, que duerme; pues porque Cristo duerme en la nave, por eso fluctúas y te dispones a devolver mal por mal. El sueño de Cristo es tu corazón en el olvido de la fe. Si despiertas a Cristo, esto es, haces revivir la fe" (Comentario al evangelio de Juan 49,19).

A la base de todo el dinamismo espiritual del hombre está la fe, pero la fe tiene siempre el signo de la debilidad, por esto se requiere que afiance y aumente nuestra fe Aquel que ha comenzado en nosotros la obra de la redención, la fe requiere que con humildad pidamos que se consolide: "'Creemos, pues, para orar, y para no desfallecer la fe con que oramos, oremos. La fe hace manar la oración, en manando, alcanza la firmeza de la fe. Os lo repetiré para que lo entendáis. La fe hace brotar la oración, y la oración en brotando, consigue la firmeza de la fe. La fe, repito, engendra la oración, y esta oración alcanza vigor por la misma fe" (Sermón 115,1).

La fe, para ser auténtica, necesita una condición: encarnarse en una persona humilde, sólo la fe humilde es la que salva. La fe tiene la base en la humildad: "La fe se cimienta en la humildad. En la visión, en la inmortalidad, en la eternidad, no hay nada humilde; todo es grandeza, todo es firme sin desfallecimiento; todo es estabilidad sin ataque alguno del enemigo y sin temor de perderla. Excelso es lo que se cimienta en la fe y no se le da importancia..." (Comentario al evangelio de Juan 40,8). Y esto porque es el hombre humilde el único que puede creer: "Dado que la fe no es propia de los soberbios, sino de los humildes" (Sermón 115,2).

Caminar en la fe, vivir de fe, es fiarse, es saber de quién nos viene lo que tenemos y vivir conforme a ello, es vivir conforme a la gracia que hemos recibido: "Caminar a la luz de la fe es caminar a la luz de la gracia" (Comentario al evangelio de Juan 3,8). Perseverar en la fe nos lleva a la contemplación: "Si ya somos fieles, hemos tomado el camino de la fe; si no lo abandonamos, no sólo llegaremos a una inteligencia extraordinaria de las cosas incorpóreas e inmutables, tal como pocos pueden alcanzar en esta vida, sino a la cima de la contemplación que el Apóstol llama cara a cara. Hay algunos cuya capacidad no puede ser más modesta, y, sin embargo, marchando con perseverancia por este camino de la fe, llegan a aquella beatísima contemplación. En cambio, otros conocen a su modo la naturaleza invisible, inmutable e incorpórea, y también el camino que conduce a la mansión de tan alta felicidad; pero juzgan que no es válido este camino, que es Cristo crucificado, y rehúsan mantenerse en él, y así no pueden penetrar en el santuario de la misma felicidad. La luz de esta felicidad se contenta con emitir algunos rayos que tocan desde lejos la mente de tales sabios" (Epístola 120,4).

5. Fe y razón.

"Creyendo te predispones para entender. Si no crees nunca entenderás, porque serás menos apto. Límpieme la fe para que te veas lleno de inteligencia. Verdadero, dice, es mi juicio, porque no estoy solo, sino yo y el Padre, que me envió. Luego, Señor Dios nuestro Jesucristo, tu misión es tu encarnación. Así lo veo, así lo entiendo y así lo creo, no sea que parezca osadía decir que lo entiendo" (Comentario al evangelio de Juan 36,7).

La fe no se opone a la razón, sino que es su compañera fiel y siempre invita al hombre a desarrollar esa realidad que le hace superior a los demás seres: "Pues debes corregir tu convicción. No es que vayas a rechazar la fe, sino que vas a contemplar también con la luz de la razón lo que ya con la firmeza de la fe admitías... Dios está muy lejos de odiar en nosotros esa facultad por la que nos creó superiores al resto de los animales. El nos libre de pensar que nuestra fe nos incita a no aceptar ni buscar la razón, pues no podríamos ni aun creer si no tuviésemos almas racionales. Pertenece al fuero de la razón el que preceda la fe a la razón en ciertos temas propios de la doctrina salvadora, cuya razón todavía no somos capaces de percibir. Lo seremos más tarde. La fe purifica el corazón para que capte y soporte la luz de la gran razón. Así dijo razonablemente el profeta: Si no creyereis, no entenderéis. Aquí se distinguen, sin duda alguna, dos cosas. Se da el consejo de creer primero, para que después podamos entender lo que creemos. Por tanto, es la razón. Ya ves que, si este precepto no es racional, ha de ser irracional, y Dios te libre de pensar tal cosa. Luego si el precepto es racional, no cabe duda de que esta razón, que exige que la fe preceda a la razón en

ciertos grandes puntos que no pueden comprenderse, debe ella misma preceder a la fe" (Epístola 120,2-3).

Agustín es siempre fiel a la alianza entre fe y razón y de ella ha hecho su método de trabajo intelectual: cree para entender y entiende para creer más y mejor, y es que el que no cree se incapacita absolutamente para conocer. En todos los tonos posibles insiste en este binomio: "Creedlo para comprenderlo; pues, si no lo creéis, no lo comprenderéis. Estando en posesión de esa fe, esperad la gracia, mediante la cual se os perdonarán todos los pecados. De ella os vendrá la salvación, no de vosotros mismos: es un don de Dios" (Sermón 212,1).

Se comienza creyendo y, una vez aceptada la fe, viene el trabajo del estudio: "Hay innumerables problemas que no pueden terminarse antes de creer, bajo pena de terminar la vida sin fe. Una vez aceptada la fe, pueden estudiarse con ahínco para ejercitar la piadosa delectación de la mente fiel" (Epístola 102,38). "De este modo, entrando con la fe en el santuario de Dios, entrando creyendo, aprendes comprendiendo" (Sermón 48,7). Porque la fe es algo así como la medicina para curarnos y poder entrar en la razón: "Siendo así que el Señor vino cabalmente a traer medicina de la fe impuesta a los pueblos para llegar a la razón... Es una estupenda disciplina esa de recoger con cuidado a los débiles dentro de la ciudadela de la fe, para dar dura batalla de la razón una vez que los débiles están ya en seguro" (Epístola 118,32). El creer nos hace aptos, es decir, nos capacita y nos introduce, en cierto sentido, en el corazón de la razón.

El problema está en que, pareciendo que todos quieren entender, no todos quieren comenzar por creer: "Todo hombre quiere entender; no existe nadie que no lo quiera; pero no todos quieren creer. Me dice alguien: 'Entienda yo y creeré'. Le respondo: Cree y entenderás. Habiendo, pues, surgido entre vosotros una especie de controversia al respecto, en modo que él me diga: 'Entienda yo y creeré' y yo le responda: Más bien, cree para entender, llevemos el pleito al juez; ninguno de nosotros pretenda fallar en causa propia" (Sermón 43,4). También puede ocurrir que no se tenga aprecio por conocer porque el que no ama el conocer, no tiene un aliciente adecuado, por eso necesita entrar por la fe para ser preparado: "Permíteme hablar, así para mover tu fe al amor de ese conocimiento al que conduce la razón verdadera, y para el cual el alma es preparada por la fe" (Epístola 120,6). Para entrar en los secretos escondidos el camino auténtico es la fe: "Dios nos descubrirá no solamente lo que ignoramos y debemos saber, sino también aquello que no entendemos rectamente. El camino que hemos tomado es el camino de la fe; perseveremos en él, y nos introducirá en los secretos del Rey, donde están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Comentario al evangelio de Juan 53,7).

Por esto todo el trabajo de Agustín está encaminado a ayudar a otros a creer para así poder entender la Palabra de Dios: "Pues ciertamente lo que ahora estoy hablando lo hablo para que crean los que aún no creen. Y, sin embargo, si no entienden lo que hablo, no pueden creer. Por lo tanto, en cierto modo es verdad lo que él dice: 'Entienda yo y creeré'; también lo es lo que digo yo con el profeta: 'Más bien cree para entender'; decimos la verdad ambos; pongámonos de acuerdo. En pocas palabras os voy a decir cómo hemos de entenderlo sin controversia alguna. Entiende para creer mi palabra; cree para entender la palabra de Dios" (Sermón 43,9). La misma predicación se orienta a eso: "Es a la fe, por tanto, adonde se dirige la predicación cuando expone sencillamente los misterios y es a la inteligencia adonde mira la discusión, que sutiliza" (Sermón 139,1).

La fe es el alimento de los infantes, entrando por ella nos capacitamos para entender de forma adulta los misterios profundos de la vida: "No quiere el evangelista San Juan darnos siempre leche para nuestra nutrición, mas quiere que tomemos alimentos sólidos. Pero aquel que no sea capaz de tomar el alimento sólido de la palabra de Dios, nútrase con la leche de la fe y crea sin tardanza lo que no alcanza a entender. La fe es el mérito; la comprensión es el premio. El mismo trabajo de entender hace sudar a la perspicacia de nuestra inteligencia para rasgar los velos de la niebla humana y tener claridad para entender la palabra de Dios" (Comentario al evangelio de Juan 48,1).

6. Fe y oración.

"El que yo me atreva a hablaros a vosotros es obra de la fe, fe por la que creo que estáis orando por mí. Pues no ignoro que estoy en vuestros corazones, unido en el morir y en el vivir; esta esperanza la nutre en mí el afecto de vuestra caridad. Por lo tanto, os suplico que os dignéis escuchar con agrado lo que el Señor me conceda deciros" (Sermón 163, A,1).

La auténtica oración es la que descubrimos en la mujer enferma del Evangelio que se acerca a Cristo para tocar y quedar sanada: "A Cristo se le toca mejor con la fe que con la carne; tocar a Cristo equivale aquí a tocarle con la fe. Aquella mujer que padecía flujos de sangre, se acercó a él con fe y con la mano tocó su vestido, pero con la fe su majestad. Ved también aquí lo que es tocar. En aquella ocasión sólo ella tocó al Señor, apretujado por la multitud. Así pregunta: '¿Quién me ha tocado?' Llenos de extrañeza, puesto que la multitud lo apretujaba por todas partes, los discípulos le respondieron: 'La multitud te apretuja, y tú dices: ¿Quién me ha tocado? Y él respondió: 'Alguien me ha tocado' En efecto, si la multitud te apretuja, no te toca; ¿cómo te tocó sino porque creyó?"

(Sermón 229 K,1). Agustín insiste en que es necesario tocar a Cristo con el corazón, que es creer: "Tocar con el corazón: he aquí en que consiste el creer. En efecto, también aquella mujer que tocó la orla lo tocó con el corazón, porque creyó. Además, Él sintió a la que le tocaba y no sentía a la multitud que lo apretujaba... Creed esto de Él y le habréis tocado. Tocadle de manera que os admiráis a Él; adheríos a Él de forma que nunca os separéis, antes bien permanezcáis en la divinidad con Él, que murió por nosotros en la debilidad" (Sermón 229 L,2).

En la oración de lo que se trata es de acercarse a Dios y entrar en contacto con Él y hemos de aprender a hacerlo adecuadamente: "Así, también aquella mujer que sufría flujos de sangre, aunque había asido la orla de su vestido, tocó al Señor más que la muchedumbre que le oprimía. Esta mujer tocó al Señor tanto más cuanto más creyó; así también el centurión, cuanto más creyó, tanto más se acercó a él" (Concordancias de los evangelios 1,20,50). La fe nos abre el camino de acceso al Señor: "Puesto que Jesús alabó la fe del centurión por la que se accede verdaderamente a Él, hasta el punto de decir: no he hallado fe tan grande en Israel, el sabio evangelista quiso indicar que el centurión se había acercado personalmente a Cristo más que aquellos por quienes había enviado su mensaje" (Concordancia de los evangelios 2,20,50).

Dios concede al que pide con fe, una fe que pide, busca y llama: "Le arrojó el pan; mejor, se lo dio, no se lo arrojó, porque lo daba no a un perro, sino a un hombre. Lo dio a la fe de quien pide, a la fe de quien busca, a la fe de quien llama. Por esto alabó la fe, porque no rechazó la humildad" (Sermón 60 A,4). Por eso Agustín nos pide que levantemos los ojos de la fe: "Levantad, pues, los ojos, os suplico, vosotros que tenéis con qué ver. Tenéis, en efecto, que ver. Levantad los ojos de la fe, tocad el extremos de la orla del vestido y os bastará para la salvación" (Sermón 62,5). Cuando nosotros nos acercamos a Cristo con fe, inmediatamente Él nos hace de la familia de Dios y de perros nos convertimos en hijos: "Recibidos los ceñidores, trabajad en la casa del Señor, hechos ya familiares de Dios, de cananeos que erais, como cananea era aquella mujer de que hablaba el Evangelio. Era cananea, pero no se atrevía a acercarse a la mesa de los hijos, pero como perro pedía las migajas. Mirad cómo se ciñó para la obra. Su ceñidor era la fe. Esto alabó Jesús: '¡Oh mujer, qué grande es tu fe!'" (Sermón 37,21).

La fe nos hace comprender a Cristo tal cual es, es decir, nos hace descubrir que Cristo es igual al Padre y que es necesario creer en Él: "¿Qué es, pues, tocar sino creer? A Cristo lo tocamos con la fe, y es preferible no tocarlo con las manos y sí con la fe, a tocarlo con las manos y no con la fe. Tocar a Cristo no era nada del otro mundo. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, cuando lo ataron, cuando lo colgaron; lo tocaron, y por tocarlo mal perdieron lo que tocaron. Tócalo tú con la fe, ¡oh Iglesia católica!; tócalo con la fe. Si piensas que Cristo es solamente hombre, lo has tocado en la tierra. Si crees que Cristo el Señor es igual al Padre, entonces lo tocaste ascendiendo al Padre. Así, pues, asciende para nosotros cuando hemos comprendido quién es. Una sola vez ascendió entonces

a su Padre, pero ahora asciende a diario. ¡Y cuántos hay para quienes aún no ha ascendido! ¡Cuántos para quienes aún mora en la tierra!" (Sermón 246,4). Creer es experimentar al lado a Cristo mismo: "Cree y lo tocas ¿Qué digo lo tocas? Puesto que crees, tienes junto a ti a aquel en quien crees" (Sermón 229 K,2). Nunca la fe es adhesión abstracta a unas verdades, sino adhesión concreta y continua a una persona. Por otra parte, la fe incorpora a la Iglesia, hace al creyente miembro de Cristo con todo lo que esto lleva consigo: "Quien cree en Cristo, Cristo viene a Él, y en cierto modo se une a Él, y queda hecho miembro suyo, lo cual no es posible si a la fe no se le juntan la esperanza y la caridad" (Sermón 144,2).

7. Conclusión: Efectos del creer.

"Una vez que lo hayáis aprendido, repetirlo todos los días para que no se olvide: cuando os levantáis de la cama, cuando os entregáis al sueño, recitad vuestro Símbolo, recitádselo al Señor, recordáoslo a vosotros mismos, sin avergonzaros de repetirlo. Buena cosa es repetir para no olvidar. No digáis: "Ya lo dije ayer, lo dije hoy, lo digo todos los días, lo sé perfectamente." Tu Símbolo sea para ti como un espejo, que te recuerde tu fe y en el que puedas mirarte. Mírate en él, ve si crees todas las cosas que confiesas creer y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tus riquezas; sean, por decirlo así, el vestido diario de tu mente. ¿No te vistes acaso cuando te levantas de la cama? Viste igualmente tu alma con el recuerdo de tu Símbolo, no sea que el olvido la desnude" (Sermón 58,13).

A través de la fe nos reconciliamos con Dios: "Nadie, ya sea antes de su encarnación o después de ella, sin esta fe que se tiene en Cristo, se reconcilió con Dios" (Comentario al salmo 104,10). Dios mismo será nuestro premio definitivo: "El precio de tu fe es tu mismo Dios. Lo poseerás, pues él mismo se da como premio a sus servidores. Considerad, hermanos carísimos, el universo entero: el cielo, la tierra, el mar; y las cosas que hay en el cielo, en la tierra y en el mar. ¡Qué bellas, qué admirables, qué bien ordenadas están todas! ¿Os conmueven estas cosas? Sin duda alguna que sí. ¿Por qué? Porque son hermosas. ¡Cuánto más hermoso será el que las hizo! Me imagino que os asombraríais si vierais la hermosura de los ángeles. ¿Cómo será la del Creador de los ángeles? El es el premio a vuestra fe. ¡Avaros! ¿Qué os satisfará si el mismo Dios no os basta? (Sermón 19,5)

Los caminos del Señor se puede muy bien resumir en andar en la fe y por la fe y así no se peca: "Así, pues, en los caminos del Señor, los cuales todos ellos se hallan comprendidos en la fe, por

la que se cree en Aquel que justifica el impío y que también dijo: Yo soy el camino, nadie comete pecado; únicamente confíes. Pues cuando el hombre peca, se aparta del camino; y, por tanto, el pecado cometido, por el que abandonó el camino, no se atribuye al camino, y, por lo mismo, no se cuentan por pecadores en el camino de la fe aquellos a quienes no se le imputa el pecado... Cualquiera que anda por este camino, es decir, por la fe piadosa, o no comete pecado, o, si comete alguno al apartarse, no se le imputa, en atención al camino por el que anda, y se considera como si no lo hubiese cometido" (Comentario al salmo 118,3,3).

La fe es este alimento sencillo de Cristo que nos hace crecer en la vida interior: "Nutrámonos en Cristo, alimentados con esta simplicidad y autenticidad de fe. Mientras seamos pequeñuelos no apetezcamos el alimento de los adultos. Crezcamos en Cristo con este alimento salubérrimo, añadiendo las buenas costumbres y la cristiana justicia, en la que se perfecciona y confirma la caridad de Dios y del próximo" (El combate cristiano 33,35).

Por otra parte, la fe es el medicamento apropiado para nuestra debilidad, para nuestra enfermedad. Ciertamente todo hombre es un enfermo en el sentido más profundo de la palabra, porque todo hombre es pecador. Y ante esta nuestra enfermedad la fe es el bálsamo: "Y si hay en ellos una centella de amor o temor de Dios, vuelvan al orden y principio de la fe, experimentando en sí la influencia saludable de la medicina de los fieles existentes en la Santa Iglesia, para que la piedad bien cultivada sane la flaqueza de su inteligencia y pueda percibir la verdad inmutable" (La Trinidad 1,2,4). Creer es medicina del alma: "La medicina para todas las llagas del alma y el solo medio de propiciación dado a los hombres para sus pecados es creer en Cristo" (Sermón 143,1). Creyendo en Dios nos convertimos en hijos y herederos: "Creer en él, en efecto, es hacerse hijos de Dios, de quien se nace por la gracia de la adopción, vinculada a la fe en Jesucristo nuestro Señor... Por la fe, a la verdad, en él se absuelven todos los pecados... Luego quien cree en el Hijo de Dios, en tanto no peca en cuanto se adhiere a él, haciéndose, por la adopción, hijo y heredero de Dios y coheredero de Cristo" (Sermón 143,1-2).

Dios para dar muerte a la muerte, para sanarnos, murió y desde entonces Él mismo se nos da en alimento: "En efecto, nuestra fe consta de cosas increíbles: la Palabra de Dios se hizo heno, un muerto resucitó, Dios fue crucificado: cosas increíbles todas para sanarte a base de realidades increíbles, puesto que tu enfermedad había adquirido dimensiones enormes. He aquí que vino el médico en humildad, encontró en cama al enfermo, participó con él en la enfermedad, llamándolo a su divinidad. El que destruye todo sufrimiento aceptó vivir en sufrimientos y murió suspendido en la cruz para dar muerte a la muerte. Nos dio un alimento para que lo comiéramos y sanáramos" (Sermón 341 A,1).

La fe tiene una relación directa con la vida, ya que el que tiene fe vive, y el que no la tiene, aunque aparentemente esté entre los vivos, no es nada más que un cadáver: "Ten, pues, fe, y, aunque estés muerto, vivirás. Pero, si no tienes fe, aunque estés con los que viven, estás muerto. Vamos a probar que, si no tienes fe, aunque vivo, estás muerto" (Comentario al evangelio de Juan 49,15). Agustín nos recomienda que creamos, que salgamos del sepulcro a través de la fe: "Mas tu corazón es tan duro que no ha logrado todavía penetrar en él aquella voz divina. Resucita en tu corazón, sal de tu sepulcro. Porque, cuando estás muerto en tu corazón, es como si estuvieras sepultado y como si llevaras encima una gran piedra, que es la mala costumbre. Levántate y sal fuera. ¿Qué quiere decir: Levántate y sal fuera? Cree y confiesa. Pues el que cree, resucita, y el que confiesa, sale fuera. ¿Por qué se dice que el que confiesa sale fuera? Porque antes de la confesión está oculto; mas después de la confesión sale de las tinieblas a la luz" (Comentario al evangelio de Juan 22,7).

Nos acercamos a la fuente del calor, al divino fuego desde la fe: "Era en invierno, estaban fríos y sentían pereza de acercarse a aquel divino fuego. Si acercarse es creer, quien cree se acerca, quien niega se aleja. No se mueve el alma con pies, sino con afectos. Estaban fríos en la caridad y ardían en deseos de hacer daño" (Comentario a Juan 48, 3). Dios mismo nos da la fe para vivir: "Dios nuestro Señor difundió la fe en la que vivimos y de la que vivimos por los libros santos, por las santas Escrituras, de muchas maneras y formas; variando ciertamente el significado oculto de las palabras, pero recomendando una misma fe" (Comentario al salmo 46,1).

Los fieles son los que viven, pero para vivir se necesita al fe, porque el justo vive de la fe, es más, sin la fe laboriosa no es posible guardar la palabra de Dios: "Por tanto, si entendemos por muertos los infieles, y por vivos los fieles, porque el justo vive de la fe, y sin ella, que obra por el amor, no pueden ser guardadas las palabras de Dios, entonces ésta es la que pide para sí el que dice: Retribuye a tu siervo; viviré y guardaré tus palabras" (Comentario al salmo 118,7,1). Dios siempre escucha al justo, que no es otro que el que sabe que es justificado por Dios gratuitamente: "Sino que escuchará al justo: es decir, al que vive de la fe, de modo que atribuye a la gracia de Dios y no a sus propios méritos no sólo verse justificado conforme a la medida de esta vida, sino también lo que resta, el verse libre de toda clase de delitos" (Anotaciones a Job 36).

Dios quiere que creamos en Él, para que podamos en un futuro ver lo que ahora creemos: "Por lo tanto, Dios quiere que se crea en él por aquellos bienes que solamente dará a los buenos y por aquellos males que no dará más que a los malos. Al fin de los tiempos aparecerán los dos. ¿Cuál es la recompensa de la fe o, más aún, cómo se puede llamar fe si quieres ver ya ahora lo que has de tener? No debes ver lo que has de creer, sino creer lo has de ver; cree mientras no ves, para que, cuando veas, no te avergüences" (Sermón 38,3). Para poder ver adecuadamente es necesario un proceso de purificación que nos viene a través de la fe: "Si desfallece la agudeza mental, limpiadla

para que se vea. Y para que se purgue y vea, crea: así merecerá ser purgada. Lo que no podáis ver, diferidlo, para que curándoos, lo podáis ver" (Sermón 4,7). Agustín nos dice que nuestra fe limpia el corazón, mientras que la de los demonios no: "Hay que distinguir nuestra fe de la de los demonios. Nuestra fe limpia el corazón; la de ellos les hace reos. En efecto, obran el mal" (Sermón 53,11).

Agustín invita a sus fieles, y nos invita a nosotros, a creer para que merezcamos poder ver cuando llegue el momento apropiado: "Cree lo que aún no puedes ver para que merezcas verlo. Pues, cuando llegue el tiempo de poder verle, entonces aparecerá contigo el principio en el día de tu poder. De tu poder, no del poder de tu flaqueza, puesto que el ella también hay poder. De tu poder, pues los hombres cuentan ahora con poder propio en la fe, en la esperanza, en la caridad y en las buenas obras" (Comentario al salmo 109,14). Pero se trata de creer en lo que es verdadero, que lo descubrimos en la misma fe: "Mejor es creer lo que es verdadero, aunque todavía no lo veas, que pensar que ves lo verdadero cuando es falso. También la fe tiene sus ojos; por ellos ve en cierto modo que es verdadero lo que todavía no se ve, y por ellos ve con certidumbre que todavía no ve lo que cree" (Epístola 120,8). Muchos aunque vean algo, aunque descubran las verdades, si les falta fe no pueden apreciarlas adecuadamente, porque carecer de la fe es estar ciegos: "Veían lo que aparecía, y lo despreciaban, porque no lo conocían porque no le veían; no le veían porque eran ciegos, y eran ciegos porque no tenían fe" (Comentario al evangelio de Juan 37,1).

Agustín aspira siempre a la visión cara a cara, pero para llegar a esa visión es necesario ahora, en el tiempo de la fe, creer: "Le veremos cara a cara si ahora le vemos por la fe. Nuestra fe tiene sus ojos, y la verdad se manifiesta a la fe. Creemos en el que no vemos y gozosos le veremos; deseémosle sin verle y nos gozaremos viéndole" (Comentario al salmo 97, 3). Pero para poder ver debemos ser limpios de corazón, limpieza que realiza la fe: "Limpiemos el corazón por la fe y preparémonos, por decirlo así, para aquella inefable e invisible visión: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Comentario al evangelio de Juan 53,12). Dios mismo nos instruye en lo que debemos creer para prepararnos para la visión: "Oímos lo que hemos de creer antes de que lo veamos, para que creyendo purifiquemos el corazón, y así podamos ver. Oye para creer, purifica el corazón con la fe. Y cuando haya purificado el corazón, ¿qué veré? Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Comentario al salmo 44,25).

Con la fe podemos estar seguros porque nadie nos puede hacer ningún mal, porque ella nos protege: "Nuestra fe será nuestro vestido; será también nuestra túnica y nuestra coraza: túnica contra la vergüenza, coraza contra la adversidad" (Sermón 58, 13). Pero no basta con comenzar a creer es necesario permanecer en la fe y despreciar todo lo demás: "Si Cristo habita por la fe en el corazón cristiano, para que la fe quede a salvo, es decir, para que Cristo permanezca en el creyente, ha de despreciarse cualquier cosa que el perseguidor pueda herir o quitar, de modo que ella perezca en favor de la fe y no la fe en beneficio de ella" (Sermón 64 A,2). Es necesario que trabajemos para

que crezca la fe hasta que llegue a la madurez: "La fe los ha traído a escuchar. La fe los hizo presentes a la palabra de Dios, pero es menester regar, nutrir y robustecer esa fe que ha comenzado a germinar. A eso dirigimos nuestro esfuerzo" (Sermón 43,8).

LA FE SEGÚN SAN AGUSTÍN.

1. La primera de las virtudes---> Comentario a Juan 80,3.

Caminamos en fe y esperanza---> Sermón 8,13.

es el comienzo de la vida santa---> Sermón 43,1.

Unida a la esperanza y caridad--> Epístola 120,8; Comentario al salmo 91,1.

La fe es necesaria para el camino---> Trinidad 13,7,10.

2. La fe es gratuita---> Comentario a Juan 68,3.

por ella gozamos de Dios---> Soliloquios 1,6,12.

da validez a las obras---> Comentario al salmo 31,2,4.

nos orienta a Dios---> El combate cristiano 13,14; Sermón 43,2.

Primero reconocer la gratuidad---> Sermón 216,3; Epístola 184 bis, 4.

no depende de los méritos---> Sermón 229 F,1; Epístola 194,9.

3. El cimiento de la vida cristiana---> Sermón 337,1.

La fe es el cimiento---> Comentario a Juan 40,8.

base y fundamento del edificio---> Predestinación de los santos 7,12.

no es refugio de ignorantes---> Comentario al salmo 70,1,9.

4. La fe y las obras----> Sermón 156,5.

da bondad a las acciones---> Comentario a Juan 82,2.

necesita obrar---> Enquiridión 117,31.

sin amor está muerta---> Comentario a Juan 29,6; 6,21.

Debe adherirse a Dios para obrar bien---> Comentario al salmo 77,8; 67,41.

sin ella no se agrada a Dios---> Epístola 188,13.

nos hace vivir como hijos---> Sermón 143,1.

No dejar dormir la fe---> Sermón 81,8; Comentario al salmo 25,2,4.

5. Fe y razón---> Comentario a Juan 36,7.

siempre van juntas---> Epístola 120,2-3.

Creer y trabajar en el estudio---> Epístola 120,38.

se comienza creyendo---> Sermón 43,4; Comentario a Juan 53,7.

La fe es alimento de infantes---> Comentario a Juan 48,1.

6. Fe y oración---> Sermón 163 A,1.

La oración creyente es confiada---> Sermón 229 K,1.

tocar a Cristo con el corazón---> Sermón 229 L,2.

Dios concede al que pide con fe---> Sermón 60 A,4.

7. Conclusión: efectos del creer---> Sermón 58,13.

nos reconcilia con Dios---> Sermón 19,5.

andar en fe y por fe---> Comentario al salmo 118,3,3.

nos hace crecer---> El combate cristiano 33,35.

medicamento apropiado---> Trinidad 1,2,4; Sermón 143,1.

Tiene relación directa con la vida---> Comentario a Juan 49,15; 22,7.

Creer para poder ver---> Sermón 38,3; Comentario al salmo 109,14.

la fe nos protege---> Sermón 58,3; 64 A,2.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO.

1. ¿Creo en la presencia de Dios a pesar de que no todo suceda como a mí me gustaría?
2. Creer es también descubrir que cada ser es parte del sueño de Dios porque ha salido de sus manos, pero ¿hasta que punto pongo el corazón en las cosas, en los seres y abandono al Dios creador de todos los seres?
3. ¿Soy consciente de que en el origen de mi vida está la fe como el cimiento de todo mi edificio y procuro avivarla y acrecentarla?
4. ¿Qué aspectos de mi vida tendría que revisar y mejorar para ser coherente con mi fe?
5. ¿Estoy preocupado por mi renovación espiritual, por tener una fe cada vez más viva y actuante o gasto mis días en el aburrimiento y sin empuje?
6. ¿Soy capaz de tener paciencia y de perseverar en medio de las dificultades de todo tipo sabiendo de quién me he fiado?
7. ¿Me fío de Dios, confío en su providencia, pongo mi vida en sus manos y experimento su cuidado amoroso?
8. ¿Cómo está siendo la vivencia de mi fe, se ha infiltrado la rutina, la superficialidad, el activismo, o es una fe que actúa por la caridad?

